

Palabras de Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de la CEPAL,
en ocasión de la
Presentación del libro de Rafael Correa, presidente del Ecuador,
Buenos Aires, 3 de diciembre de 2010

En primer lugar quisiera agradecerle, señor Presidente, el honor que me ha conferido al pedirme que presente su libro. Me siento enormemente honrada y, debo confesar, también un poco nerviosa. No es corriente que un Presidente en ejercicio publique un libro. Y no es fácil comentar un libro publicado por un Presidente en ejercicio.

Este libro tiene muchas virtudes. Entre ellas, es muy entretenido, no se deja soltar, y se deja leer con mucha facilidad. Espero que el público sepa apreciar la profundidad del análisis que el Presidente Correa hace de América Latina en general, y del Ecuador en particular, en un lenguaje directo, sin complejidades banales en el vocabulario. No es un libro escrito para especialistas, sino uno escrito por un especialista para todo público.

Se trata de un libro sobre el desarrollo de América Latina y del Ecuador. Es un libro que nos trae la historia desde la segunda mitad del siglo XX hasta nuestros días y pone la mirada en los problemas que han impedido que nuestros países se desarrollen.

Como Secretaria Ejecutiva de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), he sentido un verdadero placer en la lectura de este libro, al

recorrer sus páginas en que se analizan y proponen ideas y políticas públicas para el desarrollo de nuestros países. En esta lectura, es motivo de particular alegría ver cómo la CEPAL es fuente de muchos análisis y cómo la figura de Raúl Prebisch es puesta en el lugar de privilegio que merece cuando se trata de abordar los problemas del desarrollo.

El autor saca al pizarrón un conjunto de temas muy relevantes para el desarrollo de la región. Entre ellos, el fracaso del modelo neoliberal, los requisitos de una política actual de desarrollo y una política macroeconómica para el desarrollo, la crisis de la deuda, el rol que han jugado las instituciones de Bretton Woods, la autonomía de los bancos centrales y una propuesta de una nueva arquitectura financiera regional como motor de la integración.

En el capítulo primero el autor nos habla de un proceso de modernización sin desarrollo y nos muestra la influencia que, después de la segunda guerra mundial, tiene el pensamiento estructuralista de la CEPAL, el intercambio desigual entre el centro y la periferia, y como esta desigualdad generaba un obstáculo a las dinámicas de desarrollo de nuestros países. Para superar este obstáculo, nos dice el autor, la CEPAL plantea la implantación de un modelo de desarrollo conocido como de industrialización mediante sustitución de importaciones (ISI).

El autor nos muestra con detalles y con cifras elocuentes la historia de este modelo ISI en el Ecuador, que no funcionó, y en algún momento se plantea si acaso de verdad existió el modelo de industrialización mediante sustitución de

importaciones en el país. Pregunta muy pertinente, por cuanto para algunos analistas lo que ocurrió con mucha claridad en el cono sur de América Latina se convierte en procesos más difusos a medida que se avanza hacia el centro y norte del continente.

En el capítulo segundo el autor nos lleva a la crisis de la deuda y la década perdida. El gran endeudamiento externo de los países de América Latina no se produce, nos dice el autor, “por gobiernos irresponsables y desquiciados”, sino más bien “obedecía a las necesidades del gran capital financiero internacional a la urgencia de colocar los excesos de liquidez generados por los llamados petrodólares”. Puede haber un intenso debate sobre el conjunto de causas que derivaron en la así llamada crisis de la deuda, pero lo cierto es que nuestros países entraron en una profunda crisis de pago de su deuda externa. Los datos que proporciona el autor para el caso del Ecuador son impresionantes: entre 1970 y 1981 la deuda externa pública se multiplicó por 19, y la deuda externa privada pasó en el lapso de 5 años, entre 1976 y 1981, de 57 millones de dólares a 1.452 millones, vale decir, más de 25 veces. La deuda externa de la región pasó de 228.000 millones de dólares en 1980 a 442.000 millones en 1990.

Es esta crisis de la deuda la que regirá la lógica de las políticas económicas de estabilización de los años ochenta, las que analiza con particular agudeza el Presidente Correa.

El pensamiento de la CEPAL y el modelo de industrialización mediante sustitución de importaciones, nos dice el autor, eran auténticamente latinoamericanos. Ponía muchas responsabilidades en el Estado y en la planificación, y algunos de sus cultores sentían ciertos recelos del rol del mercado. Pero todo cambió. A partir del Consenso de Washington “el individualismo se convirtió en la máxima virtud, la competencia en modo de vida, y el mercado en infalible conductor de personas y sociedades”. Y se impuso un modelo de desarrollo que se conoce bajo el nombre de neoliberal.

Nosotros en la CEPAL lo decimos de la siguiente manera: se impuso una ecuación entre Estado, mercado, y sociedad donde el mercado y su autorregulación era la solución de todos los problemas, el Estado era fuente de problemas y obstáculos al desarrollo, y la sociedad era vista solo como un conjunto de consumidores.

Hace más de medio siglo, cuando surge el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, la teoría económica, en su esencia, apuntaba a un conjunto de certezas para alcanzar los umbrales del desarrollo; certezas que ponían a la economía y al mercado en una condición de variable principal que ejerce el dominio sobre las otras, y que en esta condición de hermano mayor determina en forma automática lo que ocurre con el desarrollo social y político.

En los años ochenta y a comienzos de los noventa, las certezas de los años cincuenta y sesenta habían devenido en incertidumbres más o menos profundas.

A comienzos de los años noventa, el mundo entra en una nueva etapa: somos testigos del término del mundo bipolar, de la caída del Muro de Berlín, del fin de la guerra fría. Sin embargo, paralelamente hay una suerte de hegemonía aplastante de los postulados de la ideología neoliberal, que de paso se instala como paradigma universal de una nueva sabiduría. A 20 años del Consenso de Washington, no solo hay una sensación de creciente desencanto, una sensación de que la tierra prometida se ve cada vez más lejana, que no hay mayor crecimiento, que hay menos igualdad. Mucho peor, la economía mundial entró en una crisis gigantesca que pone en duda los pilares teóricos de la teoría del desarrollo que la sustentaba.

Permítanme unas citas al respecto:

“Se acabó el reducir la sociedad al mercado y el mercado a la cotización en bolsa. Y se reafirma la responsabilidad de los Estados para gestionar los flujos globales en vez de navegarlos sin brújula. Ha tenido que producirse una crisis catastrófica del sistema financiero mundial para que las llamadas de atención que hasta hace poco se descartaban por ideológicas y arcaicas se hayan convertido en materiales de reflexión para la reconstrucción de la economía mundial.” (Manuel Castells, abril de 2009)

“La historia del pensamiento económico en el siglo XX es algo parecida a la del cristianismo en el XVI. Hasta que John Maynard Keynes publicó su Teoría general del empleo, el interés y el dinero en 1936, la ciencia económica —al menos en el mundo anglosajón— estaba completamente dominada por la

ortodoxia del libre mercado. De vez en cuando surgían herejías, pero siempre se suprimían. La economía clásica, escribía Keynes en 1936, “conquistó Inglaterra tan completamente como la Santa Inquisición conquistó España”. Y la economía clásica decía que la respuesta a casi todos los problemas era dejar que las fuerzas de la oferta y la demanda hicieran su trabajo” (Paul Krugman, octubre de 2008)

“Para quienes nos adjudicábamos alguna conexión con la tradición keynesiana, este es un momento de triunfo, después de que nos dejaran en el desierto, prácticamente ignorados, durante más de tres décadas. En un nivel, lo que está sucediendo ahora es un triunfo de la razón y la evidencia sobre la ideología y los intereses” (Joseph Stiglitz, diciembre de 2008).

Asistimos al final del predominio hegemónico de esta ideología, de esta articulación teórica, analítica y política de imaginar la construcción del progreso.

Hay que imaginar y construir un nuevo modelo de desarrollo, sustentado en la experiencia y trayectoria del pensamiento latinoamericano.

En el capítulo 12 el Presidente Correa nos dice que “la verdadera estabilidad económica es lograr el máximo crecimiento y empleo productivo sostenibles en el tiempo”. Y que para ello se requiere “de la cantidad y calidad de los recursos humanos, del capital físico o la cantidad de bienes de capital y de infraestructura, el capital tecnológico, y finalmente del capital natural o la

cantidad de recursos naturales con los que cuenta una nación”. No es sensato, y coincidimos plenamente con el autor, refugiarse en solo uno de esos elementos, ya sea el de los recursos naturales, o solo los bienes de capital, y así por delante. Hay que trabajar sostenidamente en todos ellos, y hoy mucho más que antes, con el capital tecnológico y de los conocimientos.

Son muchas las coincidencias entre lo que plantea el Presidente Correa y lo que plantea la CEPAL. La necesidad de un nuevo modelo de desarrollo para la región, el mirar y trabajar para el largo plazo, el nuevo rol del Estado, el desarrollo de todos los recursos productivos, la necesidad de la eficiencia sistémica y la asignación de los recursos a los usos socialmente más valiosos. Particularmente importante nos parece el énfasis que el autor pone en el diseño de una política macroeconómica para el desarrollo y que no puede quedar restringida al solo control de la inflación. Dicha política debe contemplar en su diseño también el tipo de cambio y la tasa de interés, elementos cruciales para generar incentivos a una política industrial con énfasis en el desarrollo tecnológico y del conocimiento.

Por cierto, hay algunos elementos que, a nuestro juicio, ameritan una mirada y una discusión más a fondo. Es el caso de la autonomía de los bancos centrales, el nuevo rol de las instituciones financieras internacionales, el rol que se le asigna a la inversión extranjera, el significado concreto del libre comercio o el tema de quién se beneficia con el proteccionismo. Un punto de gran interés, y que amerita una discusión en sí misma, es la propuesta de una nueva arquitectura financiera regional. Quizás deba ser antecedida de una mucho

mayor integración comercial y energética, y mayores y más profundos niveles de integración política.

Lo más relevante del libro, en todo caso, es la revisión de la historia económica del Ecuador vista con el prisma de la historia latinoamericana, poner los temas que de verdad importan y proponer nuevos caminos para el desarrollo de nuestras naciones.